

Entre tiranos

La guerra civil de César

Pedro López Barja de Quiroga



PEDRO LÓPEZ BARJA DE QUIROGA

ENTRE TIRANOS

La guerra civil de César

Marcial Pons Historia
2021

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 1. EL DIVINO TERCER CONSULADO DE POMPEYO.	11
Memoria.....	33
CAPÍTULO 2. TULIO.....	41
CAPÍTULO 3. LA GUERRA DE CÉSAR.....	47
Causa.....	68
CAPÍTULO 4. COMPAÑERO DE QUIRINO.....	75
«¡Viva la muerte!» El ejército colonial.....	107
CAPÍTULO 5. POR ESTA SOLA DEIDAD: LA TIRANÍA.....	115
Miedo.....	157
CAPÍTULO 6. FULVIA.....	165
CAPÍTULO 7. GUERRA CIVIL Y REVOLUCIÓN.....	175
NOTAS.....	189
BIBLIOGRAFÍA.....	231
PALABRA DE AUTOR.....	251
ÍNDICE DE NOMBRES.....	253

CAPÍTULO 1

EL DIVINO TERCER CONSULADO DE POMPEYO

Los asesinos le quitaron al cadáver de Clodio el anillo de senador, un gesto elocuente. No se atrevieron a cortarle la cabeza como había sido costumbre en las proscripciones silanas, pero sí querían un trofeo que demostrase su hazaña, como lo había hecho Aníbal, que envió sacos con miles de anillos a Cartago para probar su victoria en Cannas o como lo hará César, años más tarde, cuando envíe a Roma el anillo del gran Pompeyo para convencer a los escépticos de que, en verdad, había muerto¹. También Milón quiso tener una prueba, no de la muerte, sino de su participación en ella, para atribuirse el mérito de los hechos gloriosos que habían ocurrido en la vía Apia, cerca de la pequeña aldea de Bovilas. Hacía tiempo que Tulio y sus restantes amigos sabían de su urgente deseo de matar a Clodio y ahora que por fin lo había logrado no iba a esconderse ni mucho menos². Años de insultos, peleas callejeras, pleitos y denuncias cruzadas terminaban al fin. Su primer error fue precisamente ese: enorgullecerse del crimen, pero ¿cómo callarlo? Podía fácilmente recordar otros asesinatos políticos que habían quedado impunes, gloriosos precedentes, que habían ido engrosando el martirologio particular de los demócratas romanos. Milón confiaba en que este de Clodio sería uno más en la lista y en que pronto podría proclamar públicamente su hazaña y presentarse como el heroico salvador de la república. El crimen podría incluso ayudarle a ganar las inminentes elecciones al consulado.

De los esclavos, unos treinta, que acompañaban a Clodio, once murieron en la refriega y algunos otros fueron heridos de gravedad. También iban con él personas de mayor rango, que, debemos suponer, lograron huir indemnes, pero abandonando cobardemente el ca-

dáver, despojado de su anillo, en medio de la vía Apia, cerca de la pequeña Bovilas. Todos divulgarían después versiones contradictorias de lo sucedido, terribles y escandalosas, para que el espanto creciese con el correr de los días. Uno de ellos (Causinio Escolá), amigo suyo desde los tiempos del escándalo de la Bona Dea, en el 61, fue más tarde testigo de cargo en el juicio contra Milón, lo que prueba que sobrevivió a la escaramuza³. Él, como todos los demás, huyó para ponerse a salvo. Poco tiempo después, un senador que pasaba por aquel lugar encontró el cuerpo maltratado de Clodio y lo hizo conducir a Roma, mientras él se volvía por donde había venido, seguramente asustado por lo que aventuraba que iba a suceder en los días siguientes. En unas cuatro horas, la triste comitiva recorrió los dieciocho kilómetros de distancia que median entre Bovilas y Roma.

Al caer la noche del 18 de enero del 52, el cadáver de Clodio se exponía entre gritos y lamentos en su lujosa residencia del Palatino, en la zona más exclusiva de todas, la que daba a la Vía Sacra y al foro, cerca de donde hoy se alza el arco de Tito. La cólera incendiaba las calles de la ciudad. La gente se amontonaba alrededor de tan espléndida casa, que su dueño había comprado sólo unos meses antes, a finales del año 53, por 14,8 millones de sestercios, mientras que a Tulio la suya le había costado apenas 3,5 millones y casi le había llevado a la ruina, pues había tenido que pedir prestados dos millones a P. Cornelio Sila⁴. En la espiral de lujo y esplendor en la que vivía la aristocracia romana, estas moradas principescas no tenían nada que envidiar a los palacios suntuosos de los monarcas helenísticos. Lucio Licinio Craso (cónsul en el año 95) mereció el apodo de Venus Palatina por ser el primero que introdujo columnas de mármol en su casa: seis, de unos cuatro metros de altura cada una⁵. Muy pronto su ostentación quedó obsoleta. El atrio de la casa de Clodio seguramente medía más de 450 metros cuadrados y no sólo su amplitud era colosal. Tenía columnas de mármol de once metros de altura, procedentes de la isla de Melos, en el Egeo, que por su enorme peso se temió que dañasen las cloacas del subsuelo cuando M. Emilio Escauro las hizo transportar hasta allí en el año 58⁶. Las excavaciones modernas no nos han revelado el antiguo esplendor de la casa solariega, sino los cimientos que hubieron de soportar su enorme peso y donde se disponían sesenta y dos habitáculos, posiblemente morada de los numerosos esclavos que atendían a las necesidades del menos plebeyo de los tribunos y que luego, cumplida la tarea, bajaban a dormir bajo tierra⁷.

En aquel atrio gigantesco y palaciego, donde se ha calculado que cabían unas dos mil o dos mil quinientas personas, en la noche del 18 de enero, Fulvia, la temible Fulvia, de quien se decía que tenía de mujer sólo el cuerpo⁸, la esposa de Clodio, mostraba a todos las crueles heridas en el cadáver de su marido, un hombre joven de unos cuarenta y dos años. A la mañana siguiente, se presentaron allí dos tribunos de la plebe: Tito Munacio Planco Bursa y Quinto Pompeyo Rufo. Los diez tribunos de la plebe eran entonces los únicos magistrados que había en Roma, porque no se habían podido celebrar elecciones de cónsules ni de pretores en julio del año anterior, como era costumbre. Ambos, Planco y Rufo, se pusieron al frente del dramático cortejo fúnebre que condujo el desnudo cuerpo asesinado hasta la tribuna de los oradores (*rostra*) en el foro. En aquella tribuna, de unos tres metros y medio de altura, se alzaban estatuas de romanos ilustres, injustamente asesinados, como los embajadores a los que había dado traidora muerte la reina iliria Teuta en 230 o Cn. Octavio (cos. 165), asesinado cuando formaba parte de una embajada en Siria⁹. También se alzaban allí la estatua de Marsias, asociada, como veremos, a la libertad plebeya, y la ostentosa ecuestre, chapada en oro, de Sila. El hijo de Clodio, P. Claudio, era aún un niño, demasiado pequeño para pronunciar el elogio fúnebre de su padre, de manera que les correspondió hacerlo a los dos tribunos de la plebe. No sabemos qué dijeron, pero tienta imaginar que establecieron obvias comparaciones entre aquellas estatuas, que evocaban traiciones y muertes gloriosas al servicio de la república, y el cadáver acuchillado de Clodio, buscando también un interés electoral inmediato: necesitaban evitar a toda costa que el crimen se convirtiese en hazaña y elevase al irascible Milón al consulado.

Tras el elogio fúnebre, había que dar sepultura a Clodio, pero no se quiso hacerlo fuera de la ciudad, como ordenaban la ley y la costumbre, sino en su mismo centro, en la sede del Senado. Los enfurecidos oyentes del discurso de los tribunos arramblaron con todo lo que podía arder: las sillas de los pretores, las de los tribunos, los códices de los escribas. Con sus hoces en las manos y teas encendidas, se congregaron junto al templo de Castor y, siguiendo las instrucciones del hombre más leal a Clodio, el escriba Sexto Cloelio, introdujeron el cadáver dentro de la curia y le prendieron fuego¹⁰. Este improvisado ritual de incineración convirtió en cenizas la venerable curia, construida, según la leyenda, por Tulio Hostilio, el tercer rey de Roma, y recientemente

reconstruida por el dictador Sila; ardió también la vecina basílica Porcia, del imponente Catón el Viejo. Los leales a Clodio arrasaron la sede y símbolo del poder del Senado, mostrando así que lo hacían responsable de la muerte de su amado cabecilla. Hasta que pudiera levantarse de nuevo, el Senado tendría que prescindir de su venerable curia y reunirse en alguno de los restantes templos de Roma.

La cólera que había destruido la curia se trasladó luego a la casa de Milón (quien estaba fuera de Roma, pues no regresó hasta la tarde del 20 de enero), también situada en el Palatino, pero algo más al norte, detrás del templo de Saturno, y a la casa de Manio Lépido (cónsul en el 66), aunque aquí los asaltantes encontraron una fiera resistencia. Esto último, lo de Lépido, requiere una explicación. Puesto que no había cónsules ni pretores en Roma, esa misma turbulenta mañana del 19 de enero, con el foro tomado por los clodianos, los patricios se habían reunido en el Palatino —no sabemos exactamente dónde— para designarlo a él regente (*interrex*), cargo brevísimo (duraba sólo cinco días), al que le incumbía la exclusiva misión de celebrar las elecciones pospuestas. Aunque la tradición y el escrúpulo religioso dictaban que el primero de estos regentes no convocase los comicios, sino que debía dejar que lo hicieran sus efímeros sucesores en el mismo cargo, los partidarios de Plautio Hipseo y de Metelo Escipión (los candidatos al consulado) no estaban dispuestos a aguardar más tiempo ni a respetar minucias de la tradición patricia. Exigían elecciones inmediatas para nombrar a unos cónsules capaces de vengar la muerte de Clodio. Forzaron las puertas, entraron en el atrio y destruyeron lo que allí encontraron: el lecho y el telar, símbolos del matrimonio y la castidad de la esposa, y las venerables imágenes de los antepasados del patricio Lépido. Aunque fueron rechazados a flechazos, aquella casa romana estuvo bajo asedio los cinco días de mandato del *interrex*. Antes, la misma tarde del día 19, una parte de la plebe se congregó en el bosque sagrado de Libitina, en el Esquilino, donde tenían sus cuarteles los encargados de las pompas fúnebres con todo lo necesario para celebrar los solemnes funerales de los aristócratas romanos, incluidos los fasces, el haz de varas que simbolizaba el poder y que no podía faltar en el desfile de antepasados que constituía el núcleo del funeral aristocrático¹¹. Los romanos enfurecidos, sin embargo, no tomaron los fasces sólo para mostrarlos en el peculiar entierro de Clodio, sino para ofrecérselos a los dos rivales de Milón en las elecciones al consulado: Publio Plautio Hipseo y

Quinto Metelo Escipión, cuyos seguidores, como hemos visto, mantenían sitiada la casa de Lépido. No querían ver a Milón cónsul después del crimen.

Naturalmente, no fue aquel el entierro que le correspondía a un aristócrata y menos aún si pensamos en el glorioso linaje al que pertenecía, el de los Claudios. Su cuerpo habría sido piadosamente lavado, el cortejo fúnebre habría incluido actores con las máscaras de los antepasados, ataviados con las enseñas de las magistraturas que hubieran ejercido, con los fasces de ser el caso, y, al llegar a la tribuna de los oradores, un pariente cercano —su hijo, como vimos, era aún un niño— habría hecho el conmovedor elogio de su vida y de sus antepasados. Nada de esto se hizo ahora, pero ciertamente su entierro fue memorable: el discurso incendiario de los tribunos, el cuerpo de Clodio que, ardiendo, envolvió en llamas la sede del Senado y, a las dos de la tarde, es decir, a la misma hora en que se había cometido el crimen el día anterior, el solemne banquete fúnebre en pleno foro, con el que se convirtió la curia del Senado en la tumba de Clodio, sede de su culto funerario¹². Debemos imaginarnos el airado silencio de aquella Roma donde hombres y mujeres vestidos de luto contemplaban el cadáver humeante de la curia, los tribunales de los pretores reducidos a cenizas y la casa patricia del regente, del *interrex*, expoliada y bajo asedio, mientras varios tribunos de la plebe exigían venganza. Clodio había pasado a formar parte de la memoria democrática, de la larga lista de cabecillas demócratas asesinados: Tiberio Graco, Cayo Graco, L. Apuleyo Saturnino, Livio Druso, Publio Sulpicio, Mario Gratidiano... Con una diferencia importante: en otros casos, sus cadáveres habían sido arrojados al Tíber o habían desaparecido, lo que impidió celebrar siquiera el correspondiente funeral. Ahora sí, en cambio, el cadáver del menos plebeyo de los tribunos pudo mostrarse al pueblo, en toda su crudeza.

Sus exequias tardaron mucho tiempo en borrarse de la memoria de los hombres. Ocho años más tarde, cuando el muerto sea el propio César, sacrosanto porque, pese a su condición patricia, ostentaba la potestad del tribuno de la plebe, su funeral inevitablemente evocará el de Clodio, aunque con mucho mayor aparato. Con presencia de soldados y cónsules y magistrados, sus heridas serán mostradas al pueblo (mediante un muñeco que las representaba) y su cuerpo arderá en el foro, en el centro de la ciudad. El recuerdo de estos dos funerales febriles de memoria y venganza se percibe también en la ma-

nera en que los historiadores de la época relataron crímenes célebres del pasado lejano, como el de Lucrecia, cuya muerte injusta causó la caída de la monarquía romana o el de Virginia, que se llevó por delante el tiránico colegio decenviral del siglo V¹³: los cuerpos de ambas fueron expuestos a la vista de todos en el foro de Roma, dos muertes crueles e injustas que derribaron sendos gobiernos tiránicos. Las heridas visibles de Clodio denunciaban las invisibles que se iban abriendo entre los dos cuerpos, el Senado y el Pueblo, de la híbrida República: SPQR, es decir, *Senatus Populusque Romanus*.

La situación que se vivió en Roma las semanas siguientes fue dramática, sin cónsules ni pretores electos —pues la ley romana no permitía que los magistrados siguiesen «en funciones» en el cargo—, y con los partidarios de Clodio y Milón exigiendo los unos venganza, proclamando los otros su inocencia y reclamando todos que se convocasen elecciones de inmediato. No podía hacerse, sin embargo, porque se necesitaba una mínima tranquilidad y orden público para convocarlas, algo también irrealizable sin magistrados que tomaran las medidas necesarias. Al día siguiente del incendio de la curia, el 20 de enero, Milón regresó a Roma, habló ante el pueblo para jactarse del crimen y retomó su campaña al consulado sobornando incluso descaradamente a los electores, repartiéndoles dinero a manos llenas. La verdad es que la respuesta que dieron los senadores a los desórdenes fue desesperantemente lenta. Tardaron diez días en adoptar una primera decisión, de dudosa legalidad, pero que contaba ya con varios precedentes: a primeros de febrero declararon el estado de excepción (senadoconsulto último o SCU), una medida de emergencia del Senado que confiaba la salvación de la República a Pompeyo (que era procónsul desde el 54), junto con los tribunos de la plebe y los regentes (*interreges*). El Senado se ponía de este modo en manos de Pompeyo, autorizándole a proceder al reclutamiento de tropas, tarea que asumió con firmeza, pues abandonó Roma al instante, para no regresar, con los nuevos reclutas, hasta finales de este mes de febrero. Hasta entonces, durante tres semanas, la confusión hubo de hacer presa en la ciudad, con la curia y la basílica Porcia destruidas, sin magistrados electos y con uno de los candidatos al consulado, Milón, asesino confeso de su enemigo. Tal vez fue por aquellos días cuando se produjo un robo espectacular en el templo más importante de Roma. Los ladrones se llevaron unos trescientos kilos de oro del trono de Júpiter en el Capitolio¹⁴. El guardián del templo fue

[...]